

LA GENTE EN LA IGLESIA

SIC es —como lo saben casi todos sus lectores— una revista fundada y dirigida por sacerdotes católicos, y originalmente concebida como voz de la Iglesia y al servicio de ésta. Hoy día, empero, SIC es una revista cuyo público es mayoritariamente laico y cuyos articulistas son laicos en una significativa proporción. Y nuestros artículos, asimismo, se refieren a esos campos de la vida humana cuya administración, según el pensamiento oficial de la Iglesia, compete en primerísimo lugar a los laicos.

Bastarían estos hechos para justificar la preocupación de SIC por el laicado, pero —en verdad— la justificación desborda estos hechos, y en Venezuela todavía más que en otras latitudes igualmente vistas como "católicas".

Los laicos —el pueblo creyente demasiado a menudo definido negativamente como "no clérigos"— son Iglesia. Es más, no es que "también" sean Iglesia. No. Son los laicos —histórica y teológicamente— quienes en primer término son la Iglesia. Los ministerios eclesiales —el sacerdocio, por ejemplo— son ministerios de la Iglesia, al servicio de ésta y de la comunidad en la cual la Iglesia se hace presente: No son "la" Iglesia, son ministerios —y ministros— de y para la Iglesia.

Pero no es menos cierto, desafortunadamente, que la historia de la Iglesia —y en ella, la historia de la teología, la liturgia, el derecho canónico, etc.— ha experimentado una minusvaloración del laicado, una marginación al punto de que en muchos textos y contextos se le llega a considerar no como Iglesia... sino como "objeto", "público" o "clientela" de la Iglesia. Al propio tiempo, el clero y el templo llegaron a considerarse como la Iglesia por definición, por antonomasia y en casi exclusividad. Complejo proceso —sin duda alguna— que no nos toca analizar ni juzgar en este editorial, pero que no es posible dejar de lado si queremos entender y animar la vida de la Iglesia venezolana en estos últimos años del siglo XX. Y no podemos descuidarlo, entre otras razones de enorme peso, precisamente porque su magnitud y significación ha venido ocupando buena parte del centro de la atención de los últimos cuatro Papas, del Concilio Vaticano II, de las Conferencias Episcopales de Medellín y Puebla, y, ahora, de los preparativos del próximo Sínodo, cuyo tema único es, en efecto, el laicado.

Si la atención de los líderes de la Iglesia se ha venido concentrando crecientemente en la realidad y el papel del laicado en la vida actual de la Iglesia y de la sociedad, una de las importantes razones de ello, pensamos, es lo que podríamos denominar la irrupción decisiva del laicado en la vida de la Iglesia y de las naciones católicas del mundo actual. Esta irrupción del laicado es un proceso largo, complejo, profundo, polifacético y ambiguo. Cada vez hay más laicos, para empezar, y cada vez es mayor —asimismo— la cantidad de laicos por sacerdote. El laicado crece, por lo demás, más en los conglomerados de escaso clero que en aquellos donde la proporción de sacerdotes por cada diez mil católicos es más elevada (por ejemplo, crece más en el tercer mundo que en Norteamérica o Europa occidental). Y allí donde el laicado crece —y el clero escasea— prolifera también la creatividad, la tenacidad y la imaginación de los laicos para darse los ministerios, las formas de organización, las celebraciones, los momentos y estructuras de oración y de estudio comunitario que les sirvan para consolidar, profundizar, corregir y expandir su condición de verdadera Iglesia en comunión viva con la Iglesia universal.

Pero hay más, mucho más. El laicado crece —cuantitativa y cualitativamente— sobre todo en aquellos sectores que presentan un reto nuevo, grave y decisivo para el futuro de la humanidad y de la Iglesia: los pobres, y en particular los pobres del tercer mundo. La mayoría de los laicos es pobre... y cada vez más pobre. Y, prácticamente, la totalidad de los pobres está compuesta de laicos... y de un número de laicos católicos cada vez mayor en las regiones más empobrecidas del mundo. El dolor y las esperanzas, las necesidades y las

editorial

demandas, la gravedad y la urgencia que implica esta irrupción de los laicos—pobres en la Iglesia es cada vez más obvia, inescapable y exigente. Además, este laicado pobre y creyente crece e irrumpe precisamente en aquellas culturas y etnias, con lenguas y concepciones del mundo, dentro de experiencias y tradiciones por lo muy menos ajenas a —pero con demasiada frecuencia incomprendidas y despreciadas por, así como excluidas también de— la manera predominante de vivir y pensar la fe cristiana por parte del clero católico europeo y norteamericano. Es decir, que la realidad contemporánea del laicado presenta —entre otras ambiguas y en cierto modo novísimas dificultades— el reto de repensar y reconstruir la Iglesia de modo auténticamente universal: es decir, capaz de asumir humildemente y de elevar respetuosamente cada modo de ser humano desde dentro de cada uno —con toda la variedad, riqueza y el hermoso pluralismo que ello implica—, en lugar de imponer un uniforme europeo como camisa de fuerza obligatoria para quien quiera ser cristiano.

En toda honestidad, cabe subrayar con fuerza que la mitad de este laicado es femenino. La mitad de los pobres son las mujeres, jóvenes y niñas pobres. Y, para ser consecuente con la realidad, reconozcamos que la inmensa mayoría de las personas activas en la Iglesia, la mayor parte de los esfuerzos realizados para mantener y multiplicar la vida de la Iglesia, son mujeres y esfuerzos de mujeres. Laicas todas las mujeres. Pero también aquí se da un reto grave, urgente y específico: la irrupción de las mujeres en la Iglesia no es sólo la irrupción pasiva, dedicada y sacrificada de quienes todo lo dan por el pueblo de Dios en marcha. No: es asimismo el grito de quienes sufren opresión, abuso, desprecio, marginación y dolor en mayor grado que cualquier otro sector oprimido... siendo sin embargo —y en Venezuela mucho más que en muchos otros lugares— el sector que más responsabilidad lleva sobre sus hombros en la vida de la sociedad, la familia, el laicado y la Iglesia. Y el grito de las laicas es cada vez más la exigencia serena, pero emergente y decidida, de un respeto humilde y un reconocimiento institucional que hace grave falta en la Iglesia y en el país.

La Iglesia ha venido definiendo de modo cada vez más claro nuestra opción preferencial por los pobres y por los jóvenes. Los jóvenes son laicos en su casi totalidad. Los laicos son jóvenes en su inmensa mayoría. ¿Cuál es el lugar que los jóvenes encuentran en la Iglesia venezolana hoy? ¿Qué lugar tienen sus esperanzas, su imaginación, su creatividad, su rebeldía, su capacidad de innovación y cuestionamiento en nuestra Iglesia hoy? Y —más grave y urgente en la Venezuela contemporánea, como lo señalaron nuestros Obispos en su última Carta Pastoral— ¿qué le ofrecemos hoy en la Iglesia a una juventud desempleada, sin cupo para estudiar, sin recursos para montar hogar propio, cada vez más desnutrida, sin posibilidades de sana recreación, agobiada por el fantasma de un futuro vacío y asediada por las ofertas de la publicidad y de los traficantes de drogas? ¿Qué decirle a este 60% de laicos —los jóvenes— cuya mitad es femenina y cuya inmensa mayoría es pobre? He aquí otra perspectiva desde la cual revisar el sitio y el papel del laicado en la Iglesia, así como los desafíos y las tareas que tal realidad implica.

Y, en fin, cuando desde la Iglesia, desde Venezuela, y desde las élites occidentales y cristianas tanto hablamos y reclamamos hacia afuera en cuanto a democracia, pluralismo, representatividad, diálogo, igualdad, humildad, respeto, limitación y rotación del poder, participación, etc., ¿en qué momento vamos a empezar a mirar seria y humildemente hacia adentro? ¿En qué momento y lugar vamos a empezar a considerar como prudente y apropiado el tomarnos prácticamente en serio aquellas ideas para con el laicado al cual —desde Pío XII al menos— hemos enviado al mundo a construir instituciones sólidamente democráticas y participativas? ¿No tenemos por delante una inmensa, grave, urgente y central tarea de abrirle cada vez más en la Iglesia el lugar que —de hecho y de derecho, cualitativamente y cuantitativamente— le corresponde al laicado... a ese laicado que por definición y antonomasia es la Iglesia, cuya inmensa mayoría es simultáneamente joven, pobre, creciente y tercermundista, y cuya mitad es femenina, pero cuyo status en la vida actual de la Iglesia —reconozcámoslo humilde y valientemente— dista mucho de encarnar a plenitud lo que en justicia le toca?